



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLIV

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 12889

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península: Un mes, 2 pts.—Tr. a meses, 6 id.—Extranjero: Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración

Redacción y Administración, Mayor, 24

MARTES 4 DE OCTUBRE DE 1904

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro: —Corresponsables en París, A. Lorette, rue Camartin 61; y J. Jones, Poubry-Montmartra, 31.

La tuberculosis

Medidas de preservación individual y familiar

Publicadas por la Sociedad Española de Higiene, tanto las medidas que debe poner en práctica el individuo, como aquellas que son de la competencia de las autoridades, las reproducimos para que el público las conozca y pueda servirle de útil y provechosa enseñanza.

I. Cuidar del perfecto desarrollo físico de los niños, fortaleciendo su organismo, lo que equivale a dotarles de condiciones de resistencia contra la tuberculosis.

En los adultos importa mucho también conservar un excelente estado de salud, vigorizando el total organismo, con lo que se acrecienta la resistencia contra la enfermedad.

II. Toda cuidados deben extremarse en lo que se refiere al aparato respiratorio. «puerta de entrada» las mas veces del bacilo tuberculoso, y «punto de partida», por lo tanto, de la enfermedad que se trata de evitar. Es decir, que deben cuidarse los catarrros, por leves que sean, cual si fueran dolencias de importancia, hasta conseguir su curación.

Para obtener estos resultados es muy conveniente, como medio de evitar las afecciones respiratorias, lavarse la boca y fosas nasales especialmente al levantarse, y aquella después de las comidas.

III. Los tuberculosos al casarse agravan siempre su enfermedad, exponen al contagio, y engendran una prole que por las condiciones especiales en que nace y vive frecuentemente se hace tuberculosa. Seria, pues, racional y humanitario que todas las personas delicadas ó predisuestas con-

sultasen al Médico de la familia antes de contraer matrimonio.

IV. La lactancia por una tuberculosa es nociva para la misma y altamente peligrosa para el niño, porque la alimentación que proporciona nodriza de estas condiciones, ademas de ser insuficiente, lleva los gérmenes contagiosos. Por lo tanto, ninguna madre tuberculosa debe lactar á sus hijos.

V. Siendo los esputos «vehículo apropiado» para diseminar muchos agentes patógenos (productores de enfermedad) y especialmente el de la tuberculosis, importa en gran manera proceder a la completa destrucción de aquéllos, recogiendo los en escupidoras metálicas (a ser posible) y provistas de agua o papilla de serrín impregnado en un líquido antiséptico, esterilizándolo continuamente y contenido dos o mas veces al día, según los casos, mediante diez minutos de inmersión en agua salada hirviendo, antes de arrojar dichos productos por retretes y alcantarillas.

Los pañuelos, servilletas, fundas de almohada, etc., usados por todo enfermo, tuberculoso o no, deben guardarse en un cubo ó vasija con disolución antiséptica, no juntándolos con las demás ropas de la familia, sin previa desinfección de aquéllas á la estufa ó su ebullición en agua salada.

VI. Los esputos, peligrosos para los sanos (como se ha dicho), son también para el mismo enfermo, sobre todo si éste tiene la mala costumbre, en muchos habitual, de deglutirlos, en vez de expelerlos a la escupidora.

Cargados aquéllos de bacilos productores del mal, pasan a las vias digestivas, y ademas de perturbar las funciones de éstas, pueden contribuir a que se extienda por ellas la enfermedad tuberculosa, empeorando de modo notable el estado del paciente y aumentando el peligro para los que le rodean. Urge, pues, recomendar á todo enfermo el uso de la escupidora, no só-

lo en propio beneficio, sino en el de su familia y allegados.

VII. Aun cuando sea lo más peligroso el «esputo seco», que, convertido en polvo se mezcla con el aire que respiramos, no deja de merecer atención el «esputo húmedo», mejor dicho, las partículas del mismo, solas ó mezcladas con saliva, que, lanzada por medio de la tos, alcanzan a las personas próximas al enfermo. Es, por tanto, prudente, que éste, al toser, se coloque el pañuelo delante de la boca, evitando que vaya su expectoración á otro sitio que la escupidora.

VIII. El tuberculoso debe ocupar el dormitorio de mas facil ventilación, por ser el aire puro el mejor medicamento para el enfermo y hasta el preferible desinfectante para los que le rodean. No habra en su derredor mas que los enseres indispensables, suprimiendo las alfombras, cortinas y muebles de tapicería. No se barrerá ni se sacudirá el polvo, como es costumbre, limpiándose en cambio el suelo con paños humedecidos en una disolución antiséptica, y recogiendo el polvo de los objetos con un trapo, que será desinfectado acto seguido.

IX. Las personas que cuidan a los tuberculosos deben alimentarse bien y alternar dicha ocupación con paseos al aire libre. Al salir a la calle lo harán con traje distinto al que usen en su asistencia al enfermo.

X. Los residuos de alimentos que deje el tuberculoso no se deben aprovechar, y los vasos, cubiertos y demas útiles destinados á él exclusivamente, han de desinfectarse por medio de agua hirviendo.

XI. Como se puede adquirir la tuberculosis ingiriendo carnes ó leches procedentes de animales que padezcan ó hayan padecido dicha enfermedad, es indispensable no tomar aquéllas cuando son de origen sospechoso, sino bien fritas, asa-

das ó cocidas, este utilizando la leche antes de su empleo.

(Se continuará).

Copiamos de El Noticiero de Alicante:

BUSOT

Creí siempre que Busot era como Caldas, como Alceda, como Outanada, como infinitos balnearios á donde sólo acuden candidatos á la tumba, sálicos en último grado, ó seres con la sangre corrompida ó los pulmones destrozados.

Ayer me convencí de mi error. Busot es un lugar delicioso; algo así como un paisaje arrancado de Ceylán; el trozo más sugestivo del bosque de Bologne, de París.

Allí, entre las marañas de una selva indigente, bajo aquel pedazo de cielo puro, hallan élviro los enfermos del cuerpo y paz los enfermos del alma; allí se respira oxígeno, se contemplan claridades, se escuchan murmullos llenos de encantos. Aquí, en la ciudad, se respira el aire enrarecido, se mascan microbios infectos, se contemplan lástimas y miserias, se vive una vida que es muerte, impregnada de vicios, saturada de podredumbres, rodeada de luchas y de falsas.

Juanito Medina y yo salimos encantados de aquel rincón, donde el respetable marqués del Bost, un aristócrata á quien la humanidad debe de estar reconocida, ha sabido llevar la elegancia dentro del confort, la comodidad dentro del lujo; unos átomos de verdad en medio de la mentira modernista, de la farsa social, del ridículo «trast» de la civilización del siglo XX.

Un señor muy amable, compañero de viaje nuestro, nos hizo el honor de presentarnos á la escasa colonia que hoy se refugia en aquel pequeño paraíso. Allí no vi ni un rostro pálido, ni un síntoma de enfermedad.

Unas bellas señoritas tocaron el piano; hubo su «trece» de concierto, un concierto ingenuo, guitarras y lauds manejados hábilmente por otras lindas; una muchacha deliciosa cantó unos tangos delicadísimos; otra me concedió un vals «vertiginoso». En fin, una noche grata, placida, tranquila, que terminó con un paseo entre los árboles que invitaban á filosofar, bebiéndose á los besos de la luna clarísima.

Juanito y yo hemos decidido volver. Pa-

ra ese día le prometí al marqués del Bost una crónica del balneario.

Busot es poco conocido en España; los españoles, eternamente necios, no sabemos lo que hay en «casas» y nos vamos fuera, detrás de lo pregonado, de lo que con valer mucho menos, gusta más, porque es más «nuevo», ó porque nos lo impone la «moda», esa degenerada que también debería poseer en cura.

Me complace haber salido de mi error.

R. S. de Inestrillas.

28 9—904

DESDE MADRID

Señor Director. Muy señor mío comienza la vida política, y el descaño obnubilado, y el tráfido con Francia, y lo de los alcoholitos y el viaje de Salmerón, animarán las sesiones y Madrid tendrá un espectáculo más.

Porque la política para la mayor parte de las gentes que piensan, constituye exclusivamente un espectáculo.

Llegan las primeras frías y las primeras lluvias á dar á Madrid su «verdadero» carácter de población de invierno.

Retornan diariamente de las playas y de los encantadores «pueblicillos» de la zona cuantos madrileños salieron huyendo del calor, y va tomándose Madrid su aspecto acostumbrado, y á los personajes de gorra y blusa, que llegaban por las abrasadas calles, algunos días atrás, han sucedido los donjuanescos mozarvetes, las empingorotadas damiselas y los graves señores de lustrado sombrero de copa alta y largas levitas negras.

Todos los teatros de género chico de ese género que hemos dado en llamar chico, están abiertos, y en todos ellos se repugnan los madrileños dando una prueba de sus gustos artísticos más ó menos refinados, y digo esto porque en el teatro chico se cantan actualmente unos «couplets» que son celebradísimos y empiezan á hacerse populares, y francamente lo digo, que son capaces de hacer rebotar á un guardia civil.

Ya que en nuestros teatros por horas tenemos tantas zarzuelitas españolas, creo que bien podríamos prescindir de la pornografía en la escena.

Las oraciones están á la orden del día: visita el Rey, ovación indescriptible: llega Salmerón á Barcelona, ovación delirante.

UN CRIMEN DE LA JUVENTUD 254

Si el «medio-mundo» no es verosímil é interesante sino en el teatro del gimnasio, la primavera tampoco es verdadera y seductora sino en París.

Las provincias no tienen aun, en el mes de abril, sino árboles sin hojas, prados sin verdura y casas que hacen tiritar.

Pero París ofrece, en el mes de abril, su bosque de Boulogne, que está lleno de follaje como una foresta virgen, y sus castaños de las Tullerías florecidos desde hace veinte días.

Los Campos Elisios están cubiertos, desde las ocho de la mañana, de fogosos corceles que dominan los picadores, de ginetes que van á Madrid y de mujeres de «doble suspensión (1) y ocho resortes» que toman lecciones de guiar.

Aquella mañana dijimos ya, que el sol alograba á París y que el cielo no estaba cubierto de una nube.

La señorita Melania de Valbonne acababa su tocado matinal, un tocado de amazona.

—Marigueta, dijo á su doncella, avise Vd. á papá; estoy lista.

(1) Alusión á los coches de lujo que usan las loretas parisienses.

N. del T.

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 255

Y principió á ponerse los guantes.

Pero apenas Marigueta hubo dejado el tocador, cuando Melania corrió á abrir la ventana y salió al balcón.

El ramo de violetas cotidiano se encontraba en su sitio.

Melania se apoderó de él, lo llevó furtivamente á sus labios y lo deslizó en su corsé.

—¡Qué singular misterio! murmuró. ¿De dónde viene este ramillete? ¿quién me lo envía? Oliverio me ha afirmado sin embargo, que no podía ser M. de Morlux.

A este nombre de Oliverio que sonó un momento en sus labios, la señorita de Valbonne se quedó pensativa.

—¿Por qué no viene más á verme? se preguntó. Ha mas de ocho días que no le he visto. Debe estar en París sin embargo.

Y continuando en su preocupación, Melania añadió:

—Es preciso sin embargo que sepa de donde viene este ramo. Acabaré por perder la cabeza; y yo no puedo ni interregár ni espíar.

Pero Oliverio es tan buen muchacho que se encargará de hacerlo por mí.

UN CRIMEN DE LA JUVENTUD 256

más extraño! dijo Valbonne. ¿A dónde habrá que ir á buscar el príncipe de nuestros pensamientos señorita?

—No lo sé.

Y su acento se conmovió al hablar así.

Luego volviendo á sonreír, dijo:

—¡Soy tan exigente!

—Pero en fin, dijo Mr. de Valbonne agarrando á su hija por la cintura y besándole en la frente, ¿cómo quieres que sea ese fénix? se tratará de pregonaarlo...

—No lo sé, pero quisiera fuerza...

Y se detuvo.

—¿Cómo?

—Casi tan bueno como tú.

—¡Zufre!

El banquero tomó á su hija de la mano y la dijo:

—¡Vaya! ven. ¿No oyes á «mis Auroras» que plean de impaciencia?

La joven bajó del brazo de su padre al patio donde dos paisaneros sujetaban los caballos.

Mr. de Valbonne montaba uno de sus caballos de carrera.

Melania había pedido á «mis Auroras»...

«Mis Auroras» era una hermosa joven escocesa, de pelo pio, caprichosamente mosqueada.

